

## UNA INTERPRETACIÓN PSICOANALÍTICA DE LOS VOTOS DE CASTIDAD, POBREZA Y OBEDIENCIA\*

Michael Maccoby

ENTRE el psicoanálisis y la religión ha surgido una relación compleja y sospechosa. Se inició con el hecho de que Sigmund Freud, el fundador del psicoanálisis, fuese un racionalista típico del siglo XIX que se opuso a la religión, considerándola como una forma de escape. La meta de Freud era la de liberar al hombre del sometimiento a las fuerzas irracionales y, para él, la religión era una ilusión que hacía a la gente más impotente y menos realista.

El psicoanálisis aún permanece alerta a las fuerzas regresivas y a las ilusiones que impiden la libertad del hombre y le roban sus energías. Al mismo tiempo, algunos psicoanalistas, sobre todo aquellos bajo la influencia de la obra de Erich Fromm, se han dado cuenta de las limitaciones en el enfoque freudiano de la religión. A diferencia de Freud, han dirigido su atención a la expresión de los valores humanistas en la religión.

El poder de la teoría de Freud descansa en su formulación de las fuerzas irracionales que alejan al hombre de la realidad y del crecimiento hacia la madurez. Pero la teoría de Freud tiene dos serias limitaciones. La primera es su concepto mecanicista del hombre, una resultante de su intento de fundamentar el psicoanálisis en la fisiología del siglo XIX. Aunque sus observaciones clínicas y sus valores se extendían más allá de los límites de este modelo, en teoría Freud concibió al hombre como una especie de sistema hidráulico, en equilibrio entre las presiones interiores y las exigencias externas. La meta primaria del individuo era la de lograr la satisfacción sexual o su equivalente, lo que significaba reducir la tensión. Sin embargo, al hacerlo, el hombre no debía perder contacto con la realidad; no debía permitir que la búsqueda de la satisfacción sexual lo condujese a regiones peligrosas. Si una persona renunciase a la satisfacción sexual, por las consecuencias que ésta pudiera traer se volvería neurótica, angustiada y sería atormentada por fantasías. Si, por el contrario, renunciaba a la realidad, se volvería psicótica. La única alternativa a la satisfacción sexual directa era la difícil sublimación de los impulsos instintivos en obra creadora.

Este esquema semimecánico era mucho más útil que cualquier teoría psicológica previa para explicar las neurosis, pero tan sólo prestaba atención secundaria a las necesidades humanas que distinguen al hombre de las otras especies, como la necesidad de relacionarse con otros, la necesidad de identificarse como individuo y la necesidad de libertad.

La segunda limitación en el enfoque de Freud es que igualaba la salud

\* Conference of Major Religious Superiors of Women's Institutions (CMSW), Chicago, Illinois, 26 de septiembre de 1967.

con la normalidad. Freud a menudo criticaba a la sociedad y consideraba que las exigencias que ésta imponía sobre el individuo para reprimir sus impulsos naturales eran muy duras y a veces intolerables. Tanto en su obra como en su vida personal, Freud reconocía que la opinión general no es un instrumento para medir la verdad, pero no pudo ver ninguna otra alternativa razonable más que adaptarse a las exigencias de la sociedad. Lo que no tomó en consideración es que la sociedad también exige la represión de impulsos no libidinosos. Puesto que Freud consideraba al hombre como una máquina dirigida a la búsqueda del placer y puesto que no pudo imaginar una alternativa al *statu quo*, para él el fracaso de ajustarse a la sociedad significó siempre aferrarse a los deleites infantiles y una renuencia a ceder ante la realidad.

En el concepto de Freud, la necesidad del hombre de renunciar a sus impulsos en aras de la salud tiene implicaciones trágicas. Hoy día, muchos psicoanalistas y psiquiatras igualan la salud y la adaptación con mucho menos rigor de lo que lo hizo Freud.

Tal medida de la salud mental tan sólo necesita ser aplicada rigurosamente para mostrar sus limitaciones. Imagínese un hipotético país de caníbales, donde un joven neurótico tiene accesos de vómito cada vez que debe comerse a una persona. ¿Cómo trataría un analista freudiano ortodoxo caníbal a este paciente? Probablemente sacaría a relucir un deseo infantil de rebelión y sugeriría que el neurótico en realidad desea comerse a su padre pero está aterrado ante la posibilidad de que su deseo sea conocido, aun para él mismo. Tal interpretación sería correcta, posiblemente, en un caso particular. Pero también es posible que el caníbal renuente experimentase repugnancia ante la destructividad y la crueldad. Su impulso reprimido puede ser más revolucionario que la simple rebelión contra un padre cruel. Su impulso puede dirigirse hacia la reforma de la sociedad, hacia una mayor benevolencia, pero su temor al ridículo o, peor aún, a ser expulsado, le ocasiona un conflicto neurótico. Ni puede renunciar a sus impulsos más humanos ni tiene el valor de convertirse en un revolucionario. El conflicto permanece reprimido y el individuo se convierte en neurótico porque no es lo suficientemente fuerte para ser él mismo ni lo suficientemente enfermo para adaptarse a una sociedad demente.

Muchos neuróticos en nuestra propia sociedad padecen los síntomas de conflictos similares: soldados que no quieren matar; hombres y mujeres que odian su trabajo mecánico y rutinario; esposas que se someten a maridos sádicos; esposos que toleran mujeres sarcásticas que se burlan de ellos; estudiantes que se ven forzados a adquirir conocimientos enajenantes, etc. Los valientes se apoyan en sus convicciones, pero la mayoría de las personas temen ser rechazadas y no confían suficientemente en sus propios juicios para sostenerse. Su semirrebelión conduce a la enfermedad, tal como la depresión o los síntomas psicosomáticos. Los que ni se oponen han perdido la capacidad de sentir profundamente y de protestar. En términos de adaptación, son los más sanos, pero desde el punto de vista humano, están más enfermos que los neuróticos.

Las concepciones que de la religión se tienen desde el punto de vista humanista y el de la adaptación como signo de salud, son muy diferentes.



Si la realidad implica el consenso social, hoy día aun la religión humanista sería una ilusión que impediría la adaptación. Tomada con seriedad, una religión que subraya el amor, la conciencia, la virtud de la pobreza es peligrosa para una persona que desea adaptarse a una sociedad donde las relaciones casuales, el superpatriotismo y el consumo masivo de lujos innecesarios indican el camino a la popularidad y el éxito.

En términos del psicoanálisis humanista, el papel de la religión es bastante diferente. El psicoanálisis humanista se preocupa de la calidad de los impulsos religiosos del hombre. ¿En qué medida representan éstos el intento del hombre de interpretar su anhelo más profundo por la propia realización y libertad o, por otro lado, en qué medida son utilizados por este individuo como la máscara más exaltada de la idolatría? El psicoanálisis descubre continuamente que los símbolos religiosos y las creencias profesadas, a menudo esconden el culto que los individuos rinden a ídolos tales como el dinero, el poder, la posición social, la familia o la nación-Estado. Tal culto idólatra con frecuencia es inconsciente. Sin embargo, mientras que el individuo cree que alaba a Dios, en realidad el objeto de su devoción es uno u otro ídolo secular.

El psicoanalista humanista debe seguir sospechando de las ilusiones ofrecidas a aquellos que se sienten impotentes y de las doctrinas que sin crítica alguna apoyan el consenso social. Su labor de ayudar al individuo a adquirir conciencia de sus conflictos depende en gran medida de la pasión por liberarse de fuerzas regresivas y trabas convencionales y de investigar continuamente sobre el papel que desempeña la religión en el individuo.

### *El psicoanálisis y los votos*

Dentro del contexto del psicoanálisis humanista existen tres aspectos relacionados a los votos y la vida de pobreza, castidad y obediencia. El primero se refiere a la función *per se* de los votos o compromisos. El segundo se refiere a la motivación en general que conduce al individuo a llevar una vida de pobreza, castidad y obediencia y los motivos particulares para hacer tal vida dentro de una comunidad religiosa. El tercero, que estudiaremos con más detalle, se refiere a la relación entre estos conceptos espirituales y las fuerzas caracterológicas regresivas del hombre en contraposición a las fuerzas progresivas.

Primeramente, ¿cuál es la función psicológica de los votos?

Los votos en sí pueden considerarse como la expresión radical de los impulsos del individuo maduro para definir el *self* (llegando a ser de esta forma realmente él mismo). El compromiso de llevar un cierto tipo de vida que exige renunciación y lucha espiritual ayuda al individuo a ser una persona que pueda darse a conocer y que sea confiable, tanto para sí mismo como para otros. Solamente el individuo que de esta manera ha definido lo que será y lo que no será está comprometido plenamente consigo mismo, y puede entonces comprometerse con otros. Por supuesto, tal definición no acierta inmediatamente, aunque los votos hayan sido elegidos con toda sinceridad. Psicológicamente, pueden ser considerados como el inicio formal

de una lucha emprendida libremente. El compromiso de definirse a sí mismo, a pesar de los fracasos y las desviaciones, simboliza la aceptación plena de la disciplina necesaria para llegar a la madurez.

En segundo lugar, ¿cuál es la razón para escoger estos votos específicos de pobreza, castidad y obediencia o, más generalmente, para escoger este tipo de vida? La razón por la que se hacen estos tres votos se encuentra localizada históricamente en los Concilios Evangélicos y su interpretación. Sin embargo, desde un punto de vista psicológico profundo, las metas humanas de individuación y libertad exigen estar conscientes de la impotencia, y la renunciación a utilizar la fuerza como poder, una renunciación simbolizada por el impotente Hombre-Dios en la cruz. Una vez que se ha renunciado a la fuerza como poder, se debe buscar activamente otra forma de poder y relación con los demás: la del amor, fundamentada en la libertad. En términos del psicoanálisis humanista, esto exige tal solución progresiva vital que pueda ser interpretada en los conceptos espirituales de pobreza, castidad y obediencia. Permítasenos decir que los motivos para buscar este tipo de vida dentro de una comunidad religiosa en vez del mundo común parece depender de factores como son el temperamento individual, la historia de la vida de la persona y los sentimientos acerca de la posibilidad de realización de sí mismo en la sociedad secular.

Para estudiar el contenido de los votos, es necesaria una discusión teórica. ¿Qué significa, en psicoanálisis, soluciones (o fuerzas de carácter) regresivas (o patológicas) y progresivas (o saludables)? La respuesta depende del punto de vista teórico del psicoanalista. Se debe insistir en que la teoría desempeña un papel vital e integral en la ciencia psicoanalítica, como lo hace en toda ciencia. Sin la revelación de fuerzas subyacentes, que la teoría aporta, las percepciones del analista estarían limitadas a las categorías culturales del sentido común. Cualesquiera sean las limitaciones de la teoría de Freud, ésta elevó a la psicología y la psiquiatría del dominio de la descripción y del tratamiento al nivel de la comprensión. Freud forjó una teoría que le permitió comprender lo que inquietaba a los demás, utilizando datos —como los sueños, el lenguaje simbólico y las equivocaciones orales— que los científicos habían considerado triviales. Su teoría se convirtió en un instrumento para iniciar la exploración de una región que nunca antes había sido descrita.

La teoría de Freud no estaba equivocada en un sentido simple. Una teoría que incrementa la comprensión es una contribución al conocimiento, y exige ser mejorada o reemplazada por una teoría nueva construida sobre sus fundamentos. La teoría de Fromm del psicoanálisis humanista está basada en los descubrimientos teóricos de Freud sobre la motivación inconsciente, las fuerzas dinámicas que determinan la conducta, la regresión, la interpretación de los sueños y la asociación libre como los caminos a la psique. Donde la teoría de Fromm difiere radicalmente de la de Freud es en sus supuestos básicos acerca de las necesidades humanas: Freud concibió al hombre como impulsado por necesidades fisiológicas que determinan sus relaciones sociales, Fromm concibe las necesidades puramente humanas —de relación con los demás, de libertad, de significación y de propia realización— como determinantes no



sólo de las relaciones sociales sino también, en gran medida, de los modos de la expresión fisiológica. Freud se concentró sobre la adaptación y la ausencia de patología como la más cercana aproximación a la salud, la teoría de Fromm describe los niveles del desarrollo progresivo humano así como el grado de regresión y patología.

Exponer el razonamiento teórico que subyace al concepto frommiano de las fuerzas progresivas y regresivas en el hombre está más allá de los alcances de esta discusión. Tampoco es necesario comprender la teoría para aceptar su valor clínico o reconocer su poder para ampliar su comprensión. Sin embargo, es importante recordar que las formulaciones de Fromm no son tan sólo el resultado de una amplia experiencia clínica sino también de un refinamiento teórico continuo, basado tanto en los descubrimientos de Freud como en la tradición filosófica humanista. La teoría se ha desarrollado, porque está fundamentada en la obra teórica de sus predecesores y porque ha permanecido abierta a la nueva experiencia clínica.

La figura 1, tomada de la obra de Fromm, *El corazón del hombre*, presenta un esquema que muestra la relación de las fuerzas psíquicas progresivas y regresivas. Las fuerzas regresivas o patológicas son la necrofilia (destrucción), el narcisismo y la simbiosis. Cada una de estas fuerzas tiene una contraparte progresiva. Para la necrofilia, es la biofilia (amor a la vida), para el narcisismo, es el amor y, para la simbiosis, la contraparte es la independencia y la libertad. La forma en que estas fuerzas están estructuradas determina el carácter.

¿Cómo se relacionan los votos de pobreza, castidad y obediencia a estas fuerzas? Nosotros proponemos que existe una relación entre ellos: El voto de pobreza está ligado a la actitud hacia las cosas y se refiere a la polaridad biofilia-necrofilia. El voto de castidad está relacionado con la actitud hacia las personas y se refiere a la polaridad amor-narcisismo; el voto de obediencia se relaciona a la actitud hacia la ley o el poder y se refiere a la polaridad libertad-simbiosis.

Desde el punto de vista de las fuerzas psíquicas, los votos podrían ser indicio de maduración, individuación y de estar libre de fuerzas regresivas. O, por otro lado, podrían ser interpretados como afirmación de tendencias regresivas o sólo como apoyo de estructuras de carácter más favorecidas por la sociedad: el carácter social que corresponde a la adaptación normal.

Al psicoanalista le gustaría poder decir que los significados teológicos más profundos de los votos corresponden a las dimensiones más progresivas de estas tres fuerzas, pero debe conformarse con abrir el diálogo describiendo tanto las implicaciones progresivas como las regresivas de los votos.

### *El voto de pobreza*

Las implicaciones regresivas del voto de pobreza pertenecen al dominio de la necrofilia, o amor a la muerte. Para el necrófilo, el amor a la pobreza significaría el rechazo a la vida, al disfrute de las cosas, con el motivo de convertir al *self* en una “máquina limpia”, sin pasión ni compasión. El necrófilo rechaza

lo que está vivo, lo que es único y espontáneo y ama lo que está muerto, lo que es abstracto y ordenado. Su disciplina no lo lleva a la libre expresión de sí mismo sino al conformismo automático. El necrófilo no experimenta placer alguno en las cosas de este mundo sino tan sólo satisfacción en el triunfo de los principios abstractos —tales como la justicia, la eficiencia, la limpieza— sobre la vida.

Para el individuo biofilico, la elección de pobreza tiene una meta totalmente diferente. En vez de rechazar la vida y sus goces, la pobreza implica la libertad de no estar apegado a las cosas, con el fin de disfrutar aún más de ellas. Como dice San Juan de la Cruz en relación a la pobreza, en su *Subida del Monte Carmelo*: “Lo cual, aunque el hombre no hiciese por su Dios y por lo que le obliga la perfección cristiana, por los provechos que temporalmente se le siguen, demás de los espirituales, había de libertar perfectamente su corazón de todo gozo acerca de lo dicho. . . Adquiere más gozo y recreación en las criaturas con el desapropio de ellas, el cual no se puede gozar en ellas si se las mira con asimiento de propiedad. Porque éste es un cuidado que, como lazo, ata al espíritu en la tierra, y no le deja anchura de corazón. Adquiere más en el desasimiento de las cosas, clara noticia de ellas para entender bien las verdades acerca de ellas, así natural, como sobrenaturalmente. Por lo cual, las goza muy diferentemente que el que está asido a ellas, con grandes ventajas y mejorías.”

Por el contrario, el necrófilo no escapa del mundo de las cosas, aunque las rechace. Su actitud general muestra un interés posesivo en los objetos materiales, en los edificios, en los cementerios, en la propiedad, en contraposición a lo que está vivo y puede ser disfrutado sin apegarse a ello. La inercia del necrófilo está expresada en la repugnancia que nunca parece abandonar su rostro —repugnancia a lo que está desordenado, sucio; a lo que es ineficaz e impredecible. Mientras la pobreza de la persona biofilica conduce a una mayor libertad para disfrutar del uso de las cosas sin envidia o dominio, la renunciación del necrófilo no silencia su envidia sino que alimenta un sentimiento de superioridad y de que algo se le debe en cambio.

La pobreza, entonces, significa cosas muy distintas para la persona que ama la vida y para la que ama la muerte. La forma en que se interpreta el voto reforzará ya sea las corrientes progresivas o regresivas del religioso.

### *El voto de castidad*

Las implicaciones regresivas de la castidad están localizadas en el campo del narcisismo. El término narcisismo fue tomado por Freud del mito de Narciso, quien se enamoró de su propia imagen, perdió todo interés en la vida y murió. En la teoría psicoanalítica humanista, el narcisismo implica más que la simple preocupación por la propia cara. El narcisista puede elegir cualquier aspecto enajenado de su *self* e idolatrarlo como el centro de su existencia. Para algunas personas, es el *self* que sufre (el hipochondriaco). Para otros, es la imagen de la superioridad social, la grandiosidad intelectual o el poder mundanal. Para algunos sacerdotes y religiosos, puede ser una imagen de “benevolencia” o, llevada al extremo, de santidad. Cual-



quiera sea la forma que tome el narcisismo —y hay muchas posibilidades— el resultado siempre es la idolatría del *self*, la pseudo-autonomía y el alejamiento de una intimidad real con otros. El narcisismo es una concha opaca; mientras más maligno se vuelve, más oscuro se torna el mundo real hasta que la única realidad para el narcisista es su ídolo. Su contacto con otros exige que ellos confirmen su visión distorsionada. El hipocondriaco pide que otros reconozcan la importancia de sus síntomas y el “hombre santo” narcisista exige que otros celebren su sacrificio y amor.

Para el narcisista, la castidad sólo puede tener un significado: aislamiento. Para una persona que no es narcisista, la castidad puede implicar amor sin explotación. Un narcisista puede alejarse de otros y permanecer célibe. Pero nunca será casto, puesto que explota a otros para prestar culto a su ídolo, que es él mismo. Para él, los demás siempre son medios para un fin. No puede amar, ya que debe seducir continuamente. El narcisista puede tener la ilusión de que ama puesto que se obliga a no seducir, a no mostrar superioridad o desprecio, a no criticar a otros. Tal decisión no destruye su narcisismo. Generalmente produce un sentimiento de superioridad y complacencia.

Como contraparte del narcisismo, el amor casto exige un interés desinteresado en la otra persona, un conocimiento de su singularidad, exige respuesta y preocupación por su crecimiento independientemente de uno mismo. El amor casto significa que la otra persona no será convertida en el objeto de las necesidades propias, sean sexuales o narcisistas. Exige vencer el propio orgullo narcisista en el dar y, a veces, renunciar a la idea de que uno puede ayudar a otra persona contra la voluntad de ella. Lo contrario al narcisismo es la experiencia profunda y directa de conocer a otra persona y esto implica la experiencia de conocerse a sí mismo, los propios límites y debilidades así como la propia fuerza.

Si interpretamos progresivamente el voto de castidad, ello alentará una más profunda relación con los demás, así como una mayor claridad y realismo a medida que el individuo escapa de su opaca concha narcisista. Interpretado en una forma regresiva, el voto de castidad reforzará el aislamiento narcisista y la construcción de ídolos, de imágenes enajenadas del *self*.

### *El voto de obediencia*

La interpretación regresiva de la obediencia es quizá el peligro más obvio para el religioso. Puede variar del sometimiento masoquista a una infantil dependencia del superior. La obediencia regresiva está motivada por el miedo a la libertad, en las palabras de Fromm, y mientras más regresiva sea, más se desvanecerá la propia independencia: para el individuo simbiótico, la obediencia entraña la aceptación del amparo de una persona poderosa, como los padres y los superiores. Tal individuo entrega su voluntad para evitar tomar decisiones por sí mismo y para rehuir el terror de la soledad; obviamente no confía en su capacidad para formar relaciones con otros, basadas en la libertad y el respeto. Tampoco se puede permitir un pensamiento o

juicio que entre en conflicto con los deseos de la autoridad que lo protege. Para la persona simbiótica, el voto de obediencia tan sólo fortalece su dependencia. Puede también engendrar una rebelión inconsciente, ya que la persona dependiente resiente ser controlada por otros aunque busque serlo.

La obediencia de la persona dependiente o de carácter simbiótico es muy diferente de la obediencia del individuo libre. Para la persona libre e independiente, la obediencia puede significar obediencia a la ley por sobre las exigencias del poder, obediencia a la conciencia o a los mandatos de Dios. Una persona libre puede también elegir la obediencia a un maestro o a un amo como un paso hacia el aprendizaje de la disciplina necesaria para ser una persona más independiente. Pero su obediencia no limita sus poderes de pensar por sí mismo y de percibir la verdad. Tal persona no abrogará la responsabilidad por sus propios actos ni acusará a otros de sus defectos.

La investigación clínica psicoanalítica demuestra que sólo la persona independiente puede escuchar a su conciencia. El individuo simbiótico y dependiente confunde la conciencia con el temor de provocar la cólera de la autoridad. Para él los remordimientos de conciencia tan sólo ocultan la angustia ante el castigo o el rechazo de la autoridad. Este tipo de conciencia es muy diferente de la del individuo libre que se siente culpable por no ser fiel a sus convicciones, por apartarse del recto camino, por no escuchar a su conciencia o por cometer un crimen contra la vida.

La obediencia interpretada en una forma psicológicamente progresiva reforzará la disciplina humanista, el compromiso a la autoridad racional con el propósito de perfeccionar el espíritu, la fidelidad a la conciencia contra las presiones del conformismo y la libertad dentro de la ley. Interpretado regresivamente, el voto de obediencia se convertirá en una excusa para escapar de la libertad y entrar en una dependencia simbiótica de la autoridad.

### *Los votos y el carácter*

Al describir las interpretaciones progresivas y regresivas de los votos, se ha acentuado que cada interpretación tiene implicaciones profundas para la estructura del carácter. Pero, aquí bien puede el lector inquirir acerca del efecto que los votos pueden tener sobre un carácter que, al finalizar la adolescencia, no es ya tan flexible. Si una persona es narcisista, ¿puede la castidad significar algo más que aislamiento? Si es masoquista o dependiente, ¿puede el voto de obediencia hacer algo más que reforzar estos modos regresivos de relacionarse? Si odia la vida, ¿puede la pobreza significar algo más que un adicional rechazo de la vida?

La respuesta a esta pregunta es compleja. En primer lugar, en muchas personas existe un conflicto entre las fuerzas progresivas y las regresivas. Un compromiso con las fuerzas progresivas a través de un voto y con el apoyo de una comunidad sabia y amante, podría ser el paso decisivo a la salud psicológica, así como al perfeccionamiento religioso. En este caso, el psicoanálisis puede ayudar a aquellos que tienen la responsabilidad sobre los miembros más jóvenes de la comunidad, revelándoles los signos de regresión y patología.



En otros casos, la valuación realista de un novicio o candidato podría mostrar tan poderosas fuerzas regresivas de carácter que indicaran la improbabilidad de que los votos tuvieran cualquier significado progresivo. Probablemente, muchos maestros de novicios han aprendido por experiencia a tener cuidado de aquellos candidatos que son demasiado dependientes y pasivos,

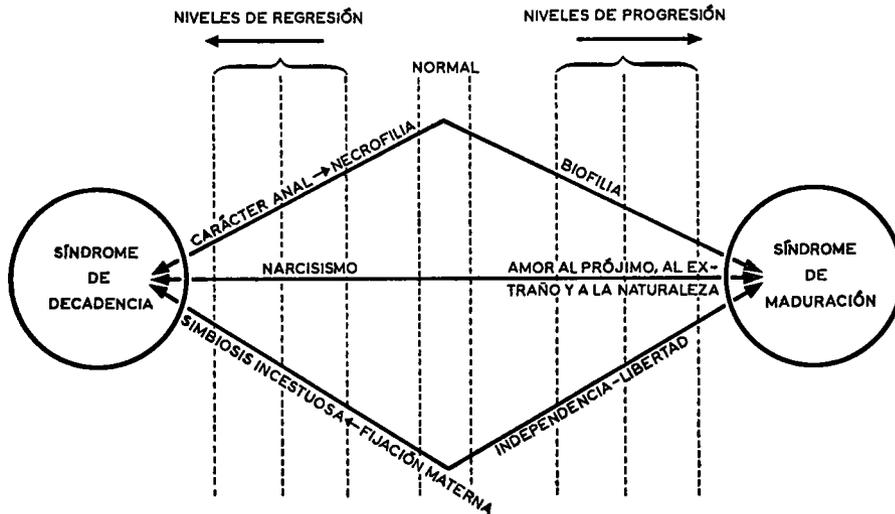


FIG. 1.

muy severos y carentes de sentido del humor o muy apegados a una imagen de sí mismos. Un examen más sistemático de las fuerzas de carácter no reemplazará el conocimiento empírico sino que más bien lo refinará y contribuirá a hacerlo más confiable.

Quizá no sea tan grande el peligro de que los votos se interpreten regresivamente para apoyar la necrofilia, el narcisismo y la simbiosis, aunque esto sucede con frecuencia. Pero tampoco se puede ser muy optimista en cuanto a que serán interpretados en una forma extremadamente progresiva. Es más probable que la religión sea tan sólo una de las muchas instituciones que apoyan el carácter social, las estructuras motivacionales que sirven para adaptar al individuo a su sociedad. Ésta es la impresión que recibí durante conversaciones que sostuve en Cuernavaca, con algunos sacerdotes norteamericanos visitantes. En una reunión en diciembre de 1966, pregunté a un grupo lo que los votos significaban para ellos. Algunos consideraban que los votos tenían muy poco o ningún significado en el mundo moderno, que eran un vestigio del pasado. A muchos, como podría esperarse, importaba particularmente la castidad, que confundían con el celibato. La preocupación principal era, empero, que los votos no debían hacer del sacerdote un ser apartado de la mayoría. Un religioso había resuelto el problema de la forma más sorprendente. Los votos, dijo, le ayudaban a servir a la Iglesia eficazmente. La pobreza significaba que podía mudarse de lugar a lugar sin preocuparse sobre

las pertenencias. La obediencia significaba que podía hacer lo necesario cuando se le ordenaba. Y la castidad significaba que no tenía que estar agobiado con una esposa que no quisiera ir a Timbuctú, si se le ordenaba ir ahí. Tal opinión revela que el sacerdote o el religioso no es más que un empleado muy eficiente de una gran corporación, diferente de la General Motors o IBM tan sólo porque exige más de sus empleados.

Una pregunta que surge hoy, cuando la mayor parte de los hombres rinde culto a los ídolos seculares —el Estado, la corporación, los poderosos— es si la religión hará algo más que reflejar y racionalizar el espíritu de la sociedad. Ello exigiría una reafirmación radical de los valores humanistas que muy bien puede expresarse en los votos de pobreza, castidad y obediencia.